

1

Pregunta: ¿Cómo vivir?

Respuesta: No te preocupes por la muerte

AL BORDE DE LOS LABIOS

A Montaigne no siempre se le dieron bien las reuniones sociales. De vez en cuando, en su juventud, mientras sus amigos estaban bailando, riendo y bebiendo, él se sentaba apartado, como si hubiera caído en desgracia. Sus compañeros apenas le reconocían en esas ocasiones: estaban más acostumbrados a verle flirteando con mujeres, o debatiendo animadamente alguna nueva idea que se le había ocurrido. Se preguntaban si se habría ofendido por algo que habían dicho. En realidad, como confió más tarde en sus *Ensayos*, cuando estaba de ese humor él apenas era consciente de lo que le rodeaba. En las fiestas, pensaba en algo espantoso que había oído contar recientemente, quizá en un joven que, tras abandonar una fiesta similar unos pocos días antes quejándose de un poco de fiebre, había muerto de las fiebres casi antes de que sus compañeros de juerga hubiesen superado la resaca.¹ Si la muerte podía hacer jugarretas semejantes, entonces sólo una finísima membrana separaba al propio Montaigne del vacío en cualquier momento. Le asustaba tanto perder la vida que no podía disfrutarla cuando aún la tenía.

A los veintitantos años, Montaigne sufrió de esa morbosa obsesión porque había pasado demasiado tiempo leyendo a los filósofos clásicos. La muerte era un tema del cual los antiguos nunca se cansaban. Cicerón resumía sus principios con claridad:



«Filosofar es aprender a morir».² Montaigne mismo un día tomaría prestada esa dura sentencia para el título de un capítulo.

Pero si sus problemas empezaron con un exceso de filosofía a una edad impresionable, no acabaron sólo porque se hiciera mayor. Al llegar a los treinta, cuando tenía que haber conseguido una perspectiva mucho más serena, la sensación de Montaigne de la opresiva proximidad de la muerte se hizo más fuerte que nunca, y más personal. La muerte pasó de abstracción a realidad, y empezó a segar con su guadaña a casi todos los que le importaban, acercándose mucho a él mismo. Cuando tenía treinta años, en 1563, su mejor amigo, Étienne de La Boétie, murió de la peste. En 1568 falleció su padre, probablemente de complicaciones tras sufrir un ataque de piedras en el riñón. La primavera del año siguiente, Montaigne perdió a su hermano menor, Arnaud de Saint-Martin, en un absurdo accidente deportivo. Él mismo se acababa de casar entonces: la primera hija de su matrimonio sólo viviría dos meses, y moriría en agosto de 1570. Montaigne perdería cuatro hijas más: de las seis que tuvo, sólo una sobrevivió y llegó a adulta. Esta serie de pérdidas

convirtieron la muerte en algo menos nebuloso que una amenaza, y no resultaban nada tranquilizadoras. Sus temores eran más fuertes que nunca.

La pérdida más dolorosa, al parecer, fue la de La Boétie: Montaigne le quería a él más que a nadie. Pero la más terrible debió de ser la de su hermano Arnaud. Cuando sólo tenía veintisiete años, Arnaud recibió un golpe en la cabeza con una pelota mientras jugaba a la versión de entonces del tenis, el *jeu de paume*. No debió de ser un golpe muy fuerte, y no mostró su efecto de inmediato, pero cinco o seis horas más tarde perdió el conocimiento y murió, presuntamente por un coágulo o hemorragia. Nadie podía esperar que un simple golpe en la cabeza segase la vida de un hombre saludable. No tenía sentido, era algo mucho más amenazador personalmente que la historia del joven que había muerto de fiebre. «Con tan frecuentes y ordinarios ejemplos sucediendo ante nuestros ojos», escribió Montaigne de Arnaud, «¿cómo podemos librarnos de la idea de la muerte, y que no nos parezca que a cada momento puede agarrarnos por el cuello?».³

Librarse de esa idea era algo que no podía hacer, ni tampoco quería hacer. Todavía estaba bajo el influjo de los filósofos. «Que nada ocupe nuestra mente tan a menudo como la muerte», exhortaba en un ensayo temprano sobre el tema:

En cada momento, debemos pintarla en nuestra imaginación en todos sus aspectos. Ante el tropiezo de un caballo, la caída de una teja, el pinchazo más leve, en seguida debemos rumiar: bueno, ¿y si esto fuese la propia muerte?⁴

Si uno se representaba las imágenes de su muerte a menudo, decían sus sabios favoritos, los estoicos, no le cogería por sorpresa. Sabiendo que estabas preparado, podías sentirte libre de vivir sin temor. Pero Montaigne averiguó que era lo contrario. Cuanto más intensamente imaginaba los accidentes que podían ocurrirles a él y a sus amigos, menos calma sentía. Aunque consiguiera, fugazmente, aceptar la idea en abstracto, nunca podía acostumbrarse a ella en detalle. Su mente se llenaba de visiones de heridas y fiebres, o de gente llorando ante su lecho

de muerte, y quizá con el «contacto de una mano conocida» apoyada en su frente, para decirle adiós. Imaginaba que el mundo se cerraba en torno al agujero donde había estado él: sus posesiones eran reunidas y sus ropas distribuidas entre amigos y sirvientes. Esas ideas no le liberaban, sino que le aprisionaban.⁵

Afortunadamente, esta constricción no duró. Al cumplir los cuarenta y los cincuenta Montaigne se había liberado y sentía una gran alegría. Fue capaz de escribir entonces sus ensayos más fluidos y vitalistas, y no mostró ya señal alguna perdurable de ese estado de ánimo morbosos de su juventud. Sólo sabemos que existió porque su libro nos lo cuenta. A partir de entonces se negó a preocuparse por nada. La muerte son sólo unos pocos momentos malos al final de la vida, escribió en una de sus últimas notas; no vale la pena sentir ansiedad alguna por ella.⁶ De ser el más lúgubre de sus amigos pasó a ser el más despreocupado de los hombres de mediana edad, maestro en el arte de vivir bien. La cura la encontró en un viaje al centro de su problema: un dramático encuentro con su propia muerte seguido por una extensa crisis de la mediana edad que le condujo a la escritura de sus *Essays*.

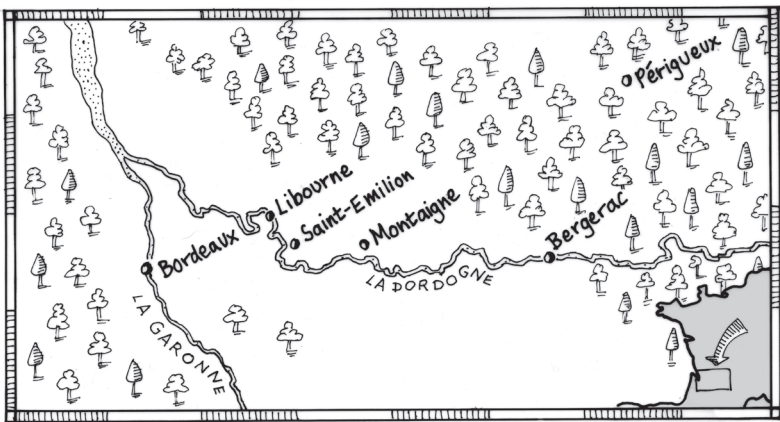
El gran encuentro entre Montaigne y la muerte sucedió un día, en algún momento entre 1569 o principios de 1570 (el momento exacto no está claro) cuando estaba fuera haciendo una de las cosas que normalmente disipaban su ansiedad y le daban una mayor sensación de huida: cabalgar.⁷

Tenía unos treinta y seis años por aquel entonces, y muchas cosas de las que huir, le parecía. Tras la muerte de su padre, había heredado plena responsabilidad sobre el castillo y la propiedad de su familia en Dordogne. Era una tierra muy bonita, en una zona cubierta, como ahora, de viñedos, colinas suaves, pueblos y trechos boscosos. Pero para Montaigne significaba la carga del deber. En la propiedad siempre había alguien tirándole de la manga, pidiendo algo, encontrando faltas en las cosas que había hecho. Era el *seigneur*: todo iba a parar a él.

Afortunadamente, no solía ser difícil encontrar cualquier excusa para estar en otro lugar. Como hacía desde que tenía veinticuatro años, Montaigne trabajaba como magistrado en

Burdeos, la capital regional, a unos cincuenta kilómetros, de modo que siempre había motivos para ir allí. Luego estaban los remotos viñedos de la propiedad de Montaigne, esparcidos por diversos terrenos en el campo, a kilómetros de distancia, y muy útiles para hacer visitas, si se sentía inclinado a ello.⁸ También hacía visitas ocasionales a los vecinos que vivían en otros castillos de la zona, ya que era importante mantener las buenas relaciones. Todas esas tareas ofrecían excelentes justificaciones para hacer una cabalgada por los bosques, un día soleado.

En los caminos del bosque, los pensamientos de Montaigne podían vagar tan a sus anchas como él quisiera, aunque se veía invariablemente acompañado por sirvientes y conocidos. La gente raramente iba sola en el siglo XVI. Pero podía espolpear su caballo y alejarse de aburridas conversaciones, o abstraer su mente para poder disfrutar de sus ensoñaciones, contemplando la luz que brillaba a través del dosel de los árboles, por encima del camino del bosque. ¿Era cierto, se preguntaba, que el semen del hombre procede de la médula espinal, como decía Platón? ¿Podía un pez rémora realmente ser tan fuerte como para no dejar avanzar a un barco sólo apretando los labios contra él y succionando? ¿Y qué hay del extraño incidente que había visto en casa el otro día, cuando su gata miró intensamente hacia un árbol hasta que un pájaro cayó muerto, justo entre sus garras? ¿Qué poder tenía esa gata?⁹ Tales especulaciones eran tan absorbentes que Montaigne a veces olvidaba pres-



tar atención al camino y a lo que estaban haciendo sus compañeros.

En aquella ocasión, él iba avanzando tranquilamente por los bosques con un grupo de hombres montados, todos o la mayoría empleados suyos, a unos cinco o seis kilómetros del castillo.¹⁰ Era un camino fácil y no esperaban problema alguno, de modo que había elegido un caballo tranquilo, no demasiado fuerte. Llevaba unas ropas corrientes: pantalones, una camisa, un jubón, probablemente una capa. Tenía la espada a su costado (un noble jamás iba a ninguna parte sin ella) pero no llevaba armadura ni ninguna otra protección especial. Sin embargo, siempre existían peligros fuera de la ciudad o de los muros del castillo: eran comunes los salteadores, y Francia estaba inmersa en aquel momento en un estado de ilegalidad entre dos estallidos de la guerra civil. Grupos de soldados sin em-



pleo merodeaban por el campo, buscando cualquier botín que pudieran obtener para sustituir su paga perdida durante el interludio de paz. A pesar de la ansiedad que le provocaba la muerte en general, Montaigne habitualmente se mostraba tranquilo ante los riesgos concretos. No retrocedía ante cualquier desconocido sospechoso como hacían otros, ni se sobresaltaba al oír ruidos no identificados en el bosque. Sin embargo, la tensión que le dominaba debía de estar presente en él también, porque cuando un gran peso cayó con estruendo hacia él desde atrás, su primer pensamiento fue que le habían atacado deliberadamente. Parecía un disparo de arcabuz, el arma de fuego que existía en aquel tiempo.

No tuvo tiempo de preguntarse por qué le iba a disparar alguien con un arcabuz. El objeto mismo le golpeó «como un rayo»: el caballo fue abatido y el propio Montaigne salió despedido. Se dio un fuerte golpe contra el suelo a unos metros de distancia, y de inmediato perdió el conocimiento.

Allí estaba echado el caballo, derribado y sin sentido, y yo a diez o doce pasos de distancia, muerto, caído de espaldas, con la cara toda magullada y despellejada, y la espada, que sujetaba en mi mano, a más de diez pasos de distancia, el cinturón hecho trizas, sin más movimiento ni sentido que un leño.

La idea del arcabuz se le ocurrió más tarde; de hecho, no hubo ningún arma implicada. Lo que sucedió fue que uno de los sirvientes de Montaigne, un hombre musculoso que iba cabalgando tras él en un caballo muy potente, espoleó a su montura a todo galope por el camino «para demostrar su atrevimiento y ponerse a la cabeza de sus compañeros», conjeturaba Montaigne. No se dio cuenta de que Montaigne estaba en su camino, o quizá calculó mal la anchura del paso y creyó que podía pasar. El caso es que «se abatió como un coloso encima del hombre y el caballo más pequeños».

Los demás jinetes se detuvieron, consternados. Los sirvientes de Montaigne desmontaron e intentaron reanimarlo; él seguía inconsciente. Le levantaron y, con dificultad, empezaron a trasladar su cuerpo desmadejado hacia el castillo de nuevo.

De camino, él volvió a la vida. La primera sensación que tuvo fue que había recibido un golpe en la cabeza (y la pérdida de conocimiento sugiere que así fue); sin embargo también empezó a toser, como si hubiese recibido un golpe en el pecho. Viendo que luchaba por respirar, sus hombres le colocaron en una posición erguida e hicieron lo que pudieron para seguir trasladándole en aquel ángulo tan incómodo. Varias veces vomitó coágulos de sangre. Era un síntoma alarmante, pero la tos y los vómitos ayudaron a mantenerle despierto.

A medida que se aproximaban al castillo recuperó cada vez más la conciencia, aunque todavía se sentía como si se estuviera deslizando hacia la muerte, y no emergiendo a la vida. Su visión seguía borrosa; apenas podía distinguir la luz. Era consciente de su cuerpo, pero lo que veía no resultaba consolador, porque sus ropas estaban manchadas con la sangre que había vomitado. Sólo tuvo tiempo de preguntarse por el arcabuz cuando se deslizó de nuevo hacia la semiinconsciencia.

Durante el tiempo que siguió, según le dijeron más tarde los testigos, Montaigne se retorció. Se desgarraba el jubón con las uñas, como para librarse de un peso. «Tenía el estómago oprimido por la sangre coagulada; mis manos volaban hacia él por sí solas, como ocurre a menudo cuando sentimos un picor, contra la intención de nuestra voluntad.» Parecía como si estuviera intentando desgarrarse su propio cuerpo, o quizá apartarlo de sí para que su espíritu pudiese partir. Todo ese tiempo, sin embargo, la sensación interior que tenía era de tranquilidad:

Me parecía que mi vida pendía sólo del borde de mis labios. Cerraba los ojos para, según me parecía, ayudarla a salir, y me complacía en mi creciente languidez y dejándome ir. Era una idea que flotaba solamente en la superficie de mi alma, tan delicada y débil como el resto, pero en realidad, no sólo libre de angustia, sino mezclada con la dulce sensación que tienen aquellos que se dejan vencer por el sueño.

Los sirvientes seguían llevándole hacia la casa, en aquel estado de languidez interna y de agitación externa. Su familia notó la conmoción y corrió hacia él «con las exclamaciones ha-

bituales en estos casos», como diría él más tarde. Preguntaron qué había ocurrido. Montaigne era capaz de dar respuestas, pero no coherentes. Veía que su mujer andaba con dificultades por el camino lleno de baches y consideró pedirles a sus hombres que le dieran un caballo para que lo montase. Se podría pensar que todo esto tenía que proceder de un «alma plenamente despierta», escribió. Sin embargo «el hecho es que yo no estaba allí en absoluto». Él había viajado muy lejos. «Esos eran pensamientos vanos, nebulosos, desencadenados por las sensaciones de los ojos y los oídos. No venían de mi interior»... *chez moy*, un término que habitualmente significa «en casa». Todos sus actos y sus palabras estaban producidos de alguna manera sólo por el cuerpo. «El alma contribuía sólo en sueños, tocada muy ligeramente, como lamida y espolvoreada por la suave impresión de los sentidos.» Montaigne y la vida, al parecer, iban a separar sus caminos sin reproche alguno y sin despedidas formales, como dos huéspedes borrachos que abandonan una fiesta demasiado aturdidos para decir adiós.

Su confusión continuó cuando lo llevaron al interior de la casa. Todavía se sentía como si le hubiesen conducido por el aire en una alfombra mágica, en lugar de ser transportado por las manos de los sirvientes. No sentía dolor alguno, ni preocupación alguna a la vista de aquellos que estaban a su alrededor en estado de emergencia. Lo único que sentía era pereza y debilidad. Sus sirvientes le llevaron a la cama; se quedó allí echado, completamente feliz, sin un solo pensamiento en la mente aparte de lo placentero que era descansar. «Sentí una infinita dulzura en ese reposo, porque me había visto espantosamente sacudido por aquellos pobres hombres, que se habían tomado las molestias de transportarme en sus brazos por un camino muy largo y malo.» Rechazó toda medicina, seguro de que estaba destinado a irse. Iba a tener «una muerte muy dichosa».

Esta experiencia fue mucho más allá que las imaginaciones anteriores de Montaigne sobre la muerte. Fue un viaje real al territorio de la muerte. Estuvo muy cerca de ella, la tocó con los labios. Pudo «probarla», como una persona que prueba un sabor poco familiar. Fue un ensayo de la muerte. Un ejercicio o *exercitation*, la palabra que usaba al explicar la experiencia.

Más tarde pasaría mucho tiempo recreando aquella sensación mentalmente, reconstruyéndola con la mayor precisión posible para aprender de ella. La fortuna le había regalado la oportunidad perfecta para probar el consenso filosófico sobre la muerte. Pero era difícil estar seguro de que había dado con la respuesta correcta. Los estoicos, ciertamente, habrían mirado con recelo sus resultados.

Parte de la lección era correcta: a través de su *exercitation* había aprendido que no hay que temer la propia no existencia. La muerte puede tener un rostro amistoso, tal como prometían los filósofos. Montaigne la había mirado a la cara, pero no la había mirado lúcidamente, como debería hacer un pensador racional. En lugar de marchar hacia delante con los ojos abiertos, comportándose como un soldado, había flotado hacia la muerte con un pensamiento apenas consciente, seducido por ella. Al morir, se daba cuenta entonces, uno no encuentra la muerte en absoluto, porque te has ido antes de que ella llegue. Mueres de la misma forma que te quedas dormido: dejándote llevar. Si las demás personas intentan sujetarte, tú oyes sus voces sólo «en los bordes del alma». Tu existencia está atada por un hilo. Sólo pende del borde de tus labios, como decía él. Morir no es un acto para el que uno pueda prepararse. Es un ensueño sin rumbo.

A partir de entonces, cuando Montaigne leía sobre la muerte, mostraba menos interés en las muertes ejemplares de grandes filósofos y más en las de la gente corriente, especialmente aquellos que morían entre la confusión, perdidos en el «debilitamiento y el estupor». En sus ensayos más maduros escribió admirativamente acerca de hombres como Petronio y Tigelino, romanos que murieron rodeados de bromas, música y conversaciones cotidianas, de modo que la muerte sencillamente fluyó hacia ellos entre la animación general.¹¹ En lugar de convertir una fiesta en una escena mortal, como Montaigne había hecho en su imaginación juvenil, ellos convirtieron sus escenas de muerte en fiestas. Le gustaba sobre todo la historia de Marcelino, que evitó una muerte dolorosa por enfermedad mediante un suave método de eutanasia. Después de ayunar varios días, Marcelino se introdujo en un baño caliente. Sin

duda estaba ya debilitado por su enfermedad; el baño, sencillamente, le quitó con el vapor los últimos alientos de su vida. Se desmayó poco a poco y luego murió. Mientras se iba, murmuró con languidez a sus amigos el placer que estaba experimentando.

Uno podría esperar un placer en la muerte como el de Marcelino. Pero Montaigne había aprendido algo más sorprendente: que se podía disfrutar de la misma sensación deleitosa y flotante cuando hasta tu cuerpo parece estar convulso, agitándose con lo que a los demás les parece tormento.

Este descubrimiento de Montaigne iba en contra de sus modelos clásicos. También desafiaba el ideal cristiano que dominaba su propia era. Para los cristianos, el último pensamiento de uno debía ser encomendar sobriamente nuestra alma a Dios, no un deleitoso «¡aaaaah!» La propia experiencia de Montaigne no parecía incluir ningún pensamiento sobre Dios. Ni tampoco se le ocurrió que morir ebrio y rodeado de mozas pudiese poner en peligro la otra vida cristiana. Estaba más interesado en su comprensión puramente secular de que la psicología humana, y la naturaleza en general, eran los mejores amigos del moribundo. Y ahora le parecía que las únicas personas que solían morir tan valientemente como los filósofos eran aquellos que no conocían ninguna filosofía en absoluto: los campesinos ignorantes de sus propiedades y pueblos. «Nunca he visto a uno solo de mis vecinos campesinos meditando sobre la compostura y seguridad con la cual pasará su última hora», escribía, aunque él no tenía por qué haberse enterado, si lo hubieran hecho.¹² La naturaleza se hacía cargo de ellos. Les enseñaba a no pensar en la muerte excepto cuando se estaban muriendo, y muy poco incluso entonces. Los filósofos encontraban difícil dejar el mundo porque intentaban mantener el control. De modo que nada de «filosofar es aprender cómo morir». La filosofía parecía más bien una forma de enseñar a la gente a «desaprender» la habilidad natural que todo campesino tenía por simple derecho de nacimiento.

En aquella ocasión, a pesar de su voluntad de irse flotando, Montaigne no murió. Se recuperó, y a partir de aquel momento, vivió de una manera un poco distinta. Desde su ensayo

de muerte asumió una lección de filosofía decididamente anti-filosófica, que resumió de la siguiente forma despreocupada:

Si no sabes cómo morir, no temas: la naturaleza te dirá qué hacer en el momento, de manera plena y suficiente. Ella hará ese trabajo para ti a la perfección, así que no te preocupes por eso.¹³

«No te preocupes por la muerte» se convirtió en su respuesta fundamental y más liberadora a la pregunta de cómo vivir. Le permitió hacer sencillamente eso: vivir.

Pero la vida es más difícil que la muerte. En lugar de una rendición pasiva, exige atención y gestión. También puede ser más dolorosa. El placentero derivar por la corriente del olvido de Montaigne no duró mucho. Cuando volvió plenamente a la vida, dos o tres horas más tarde, se encontró invadido por dolores, con los miembros «golpeados y magullados». Sufrió después varias noches, y hubo consecuencias a largo plazo. «Todavía noto el efecto conmocionado de esa colisión», afirmaba, al menos tres años más tarde.

Su memoria tardó más en volver que sus sensaciones físicas, aunque pasó varios días intentando reconstruir el acontecimiento interrogando a los testigos.¹⁴ Nada encendió en él ninguna chispa hasta que todo el incidente volvió a su mente de pronto, con una conmoción que fue como si le golpease un rayo: el mismo «rayo» del impacto inicial. Su regreso a la vida fue tan violento como el accidente: todo sacudidas, impactos, relámpagos y truenos. La vida se introdujo muy hondo en su interior, mientras que la muerte había sido una cosa ligera y superficial.

A partir de entonces, intentó llevar parte de la delicadeza y el optimismo de la muerte a la vida. Hay «malos momentos» en todas partes, aseguraba en un ensayo posterior.¹⁵ Lo mejor es «pasar por este mundo un poco más ligeramente, por la superficie». Mediante ese descubrimiento del deslizamiento y la deriva perdió gran parte de su miedo, y al mismo tiempo adquirió la nueva sensación de que la vida, a medida que pasaba a través de su cuerpo (su vida en particular, la de Michel de

Montaigne), era un tema de investigación muy interesante. Seguiría haciendo caso de sensaciones y experiencias no por lo que se suponía que tenían que ser, o por las lecciones filosóficas que se pudieran extraer, sino por el efecto que producían. Se dejaría llevar.

Era como una nueva disciplina para él, que se apoderaría de su rutina diaria y, mediante su escritura, le daría una forma de inmortalidad. Así, hacia la mitad de su vida, Montaigne dejó su comportamiento habitual y se sintió renacido.